

Iglesia Romana su mayor enemigo, reconociendo al Papa por juez y superior suyo (1). Naufragó la nave que conducía al obispo de Sardis, y perecieron todos los malvados que le acompañaban, á escepcion del monge Metodio, cuya perfidia fué descubierta claramente en Roma, anatematizada con horror y confundida para siempre.

El Papa Nicolao no tuvo el gusto de ver la feliz conclusion de un asunto que le habia producido tantos trabajos é inquietudes. Pocos dias antes de su muerte habia escrito á Francia unas cartas que atestiguan su celo por la disciplina. En ellas niega á Luis el Germánico el restablecimiento de Theutgald y de Gonthier, y reprende á este príncipe de no haber tomado jamás interés por los males de la Iglesia. En otra carta le dice: «Nos manifestais que habeis enviado el rey Carlos, vuestro hermano, con un obispo de vuestro reino para hacer que Lotario obedeciese nuestras órdenes. Alabamos vuestra caridad con él y vuestra obediencia para con Nos; pero el hecho es que no vemos resultado alguno, sea cual fuere la promesa que él os haya hecho... Dice que quiere venir á Roma, aunque repetidas veces le hemos prohibido lo haga sin nuestro permiso. Impedidle, pues, que lo verifique en el estado en que se encuentra (excomulgado); pues de otro modo no será recibido con el honor que desea; que antes cumpla sus promesas.»

Así vengaba este Santo Papa la fidelidad conyugal violada, no temiendo proscribir aun en el trono el adulterio público. Murió el dia 13 de noviembre del año 867, después de un glorioso pontificado de mas de nueve años y medio. La Iglesia le ha puesto solemnemente en el número de los Santos en los últimos tiempos, y en efecto fué uno de los mas insignes y virtuosos

(1) Anast. *praef. in VIII Synod.*

Pontifices que han ocupado la Silla de San Pedro. Lloráronle mucho tiempo en Roma, donde sustentaba diariamente y sin escepcion á todos los pobres que no podían proporcionarse el sustento. En el orbe cristiano fué mirado como un Papa puesto por la Providencia en aquellos tiempos borrascosos, para oponerle como una muralla de bronce al escándalo de los príncipes incontinentes y á los atentados del cisma y de la intrusion. Nos quedan de este Pontífice sobre cien cartas é instrucciones, aunque escribió muchas mas por las diferentes consultas que de todas las partes del mundo le hacían; y sus respuestas, llenas de aquella claridad y precision que los mayores enemigos de la Iglesia no han podido menos de admirar en los romanos Pontifices, fueron recibidas como oráculos. Observamos en una de estas cartas, en una de las que escribió á San Rodulfo, arzobispo de Bourges, que esta iglesia tenia derecho sobre la de Narbona para juzgar en caso de apelacion: especie de patriarcado de que no hallamos ningun vestigio anterior, y que estribaria sin duda en que la ciudad de Bourges era la capital del reino de Aquitania. Leemos en el mismo lugar, que teniendo los corepiscopos, sucesores de los setenta y dos discipulos, las funciones episcopales, deben reputarse válidas las ordenaciones que pudiesen hacer de presbíteros ó de obispos. Hemos visto en otra parte una decision contraria, pero en otro pais; consistiendo esta variedad en que el uso no era uniforme, y en que estos corepiscopos, revestidos del carácter episcopal en ciertas iglesias, no recibían en otras mas que el órden sacerdotal.

Adriano, natural de Roma, presbítero del título de San Marcos, y conocido por una caridad de la que se contaban maravillas, fué elegido inmediatamente sucesor de Nicolao. Ya antes habia sido elegido para suceder á Leon IV y luego á Benedicto IV;

pero en ambas ocasiones encontró medio su ilustrada modestia para no encumbrarse á tan elevado y peligroso lugar. Mas después de la muerte de Nicolao I fueron tan vivas las instancias del clero, del senado y de todas las clases del pueblo, y se publicaron tantas revelaciones y señales maravillosas de la voluntad de Dios, que no pudo negarse tercera vez el modesto Adriano, á pesar de su avanzada edad, que rayaba en los setenta y seis años. El pueblo no queria aguardar la confirmacion imperial, y el senado la solicitó sin pérdida de momento; el emperador aplaudió una eleccion tan acertada, y Adriano, segundo de este nombre, fué consagrado solemnemente el dia 13 de diciembre del mismo año 867. La estremada bondad que le era natural le hizo admitir á la comunión eclesiástica á algunas personas que habian causado grandes escándalos con sus delitos, como Teutgald de Tréveris y el legado infiel de Nicolao, Zacarias de Anagni, y esto dió margen á que cundiese por Francia la voz de que queria anular los actos de su ilustre predecesor. Hubo en Roma algunos monges orientales, cuyo respeto á la memoria de Nicolao llegó á tal extremo que se abstuvieron de la comunión del nuevo Papa.

La verdadera virtud es siempre activa en desvanecer las sospechas que pueden perjudicar á la fé. Dando, pues, de comer Adriano, segun costumbre, el viernes de septuagésima, 20 de febrero de 868, á estos religiosos, entre quienes se distinguían algunos que eran diputados de varios príncipes, les presentó humildemente el agua para lavarse, les sirvió de comer y de beber, y aun se sentó á la mesa con ellos, y esto, especialmente lo último, les previno en favor del Pontífice, porque no tenían noticia de que ninguno de sus predecesores hubiese egecutado jamás este último acto de humildad. Acabada la comida se postró á

sus pies, y les dijo: «os ruego, hermanos míos, que pidais por la Iglesia, por el imperio, y por mí; pues yo no puedo hacer mas que arrastrar la formidable carga que se me ha impuesto (1).» Y como ellos respondiesen elogiando sus humildes sentimientos: «olvidaos de mí (continuó vertiendo un torrente de lágrimas); pero demos gracias á Dios por los que han concluido santamente su carrera; lo que les conviene son las oraciones: bendecid conmigo al Omnipotente, porque consoló á su Iglesia con mi señor y Padre santísimo y muy ortodoxo Papa Nicolao, que la ha defendido con el valor y esfuerzo de un nuevo Josué.» No pudieron entonces contenerse los orientales, y exclamaron á una voz griegos, sirios y egipcios: «¡Sea Dios bendito y glorificado eternamente por haber hecho que encuentre su Iglesia un Pastor y un sucesor tan digno del gran Nicolao! ¡Disipense los rumores injuriosos, y quede confundida la envidia! ¡Viva Adriano, nuestro Padre y Señor! ¡Viva Adriano, á quien el mismo Dios ha colocado en la dignidad de Sumo Pontífice y de Papa universal! Repitieron tres veces estas aclamaciones; y el Papa, imponiendo silencio con la mano, dijo: «Memoria eterna al santísimo y muy ortodoxo Nicolao, á quien Dios habia establecido Sumo Pontífice y Papa universal! ¡Vida y gloria eterna al nuevo Elías! ¡Salud eterna al nuevo Finées, digno por siempre del sacerdocio! ¡Paz y abundancia de gracias á sus hijos fieles!» Tornaron á repetir otras tres veces todas estas aclamaciones.

Observamos por varias cartas de este Papa, que tuvo tambien mucho cuidado de justificarse con los obispos de los dominios de Francia, donde corria igualmente la voz de que desaprobaba los procedimientos del Papa Nicolao. «Aunque no somos inflexi-

(1) Tom. 8 Conciliar. pag. 882.

bles, dice (1), con los pecadores que impíoran la misericordia de la Santa Sede, solo la ejercemos en favor de los que hayan dado una razonable satisfaccion y no pretendan justificarse acusando al gran Papa que está ahora en la presencia de Dios, y á quien nadie osó reprender delante de los hombres. ¿Y qué prelado podrá esperar que subsistan sus disposiciones, si se trata con vilipendio á un Papa ó se desprecian sus decretos? Téngase por cierto que defenderé los de Nicolao como los míos propios. Si él usó de severidad y yo procedo de otra manera, la diferencia de los tiempos y de las circunstancias es la que hace que resulten efectos distintos de un mismo espíritu y de unos mismos principios.

Persuadióse el rey Lotario de que sacaria mejor partido de Adriano que de Nicolao (2); por lo que, luego que llegó á su noticia su elevacion á la Silla de San Pedro, le escribió dándole la enhorabuena de su exaltacion; y para sorprenderle más fácilmente añadió que le era muy sensible la muerte del Papa Nicolao, á quien, decia, se habia sujetado siempre como al Príncipe de los Apóstoles, aún con perjuicio de su dignidad, mostrándole más sumision que ningun otro de los reyes sus predecesores. Suplicaba por último que se le permitiese ir á justificarse á Roma, y que no se le negase la gracia de visitar á los santos Apóstoles, supuesto que se habia concedido á los búlgaros y aun á los bárbaros más feroces. Respondióle Adriano que la Santa Sede estaba siempre pronta á ejercer la misericordia no menos que la justicia: que si se reputaba inocente, podia ir á Roma con entera confianza; y que aun cuando fuese culpable, no dejase de ir si reconocia

(1) Adrian. II. Epist. 9.
(2) Tom. 8 Concilior. p. 909.

su delito, para recibir el remedio de la penitencia (1).

Ocupóse pues enteramente Lotario en buscar los medios propios para conseguir que los efectos de este viaje fuesen favorables á su pasion, y juzgó que contribuirá mucho á ello la intriga siguiente. La reina Theutberga, cansada de los malos tratamientos que espermentaba de continuo, y ansiando ella misma se declarase nulo el matrimonio, precedió al rey de orden suya en el viaje para allanar las dificultades. Recibióla el Papa con la mayor distincion, y no omitió nada para que comprendiese la diferencia de una corte en que triunfaba el libertinaje y la adulacion, y la de Roma, siempre pronta á hacer triunfar la verdad, á proteger la flaqueza y á vengar la inocencia. Sin embargo, la desgraciada princesa pidió la anulacion de su matrimonio, ya por causa de ciertas indisposiciones que padecia, y ya tambien por el ardiente deseo que tenia de renunciar las vanidades del siglo y de consagrarse enteramente á Dios, añadiendo que conocia que su matrimonio se habia contraido ilegítimamente. Adriano, que tenia fundados motivos para sospechar que esta esposa infeliz queria dar fin á sus pesares á espensas de su honor, la declaró que no podia consentir en lo que pedia, y que lo que más podia ofrecerla era convocar un concilio para deliberar con madurez sobre un asunto tan delicado. Dijola, que entretanto se volviese con Lotario, y escribió á este príncipe mandándole que tratase á Theutberga como á su legitima esposa, y que la diese las abadias que la habia ofrecido, para que no la faltase lo necesario. Tal era la cruel opresion en que vivia Theutberga, que un santo Papa, que no podia menos de reprobar la costumbre abusiva de entregar los beneficios á las

(1) Regim. ant. 869. el abad de abadía de...

personas legas, se veia en la necesidad de ejercer esta especie de limosna en favor de una reina.

Valdrada por su parte pidió al Pontífice la absolucion del anatema fulminado contra ella por el Papa Nicolao, valiéndose del emperador Luis quien afirmó al Papa Adriano que esta muger estaba sinceramente arrepentida. Fundándose el Pontífice en este testimonio, escribió á Valdrada que la concedia facultad de entrar en la iglesia, de hacer oracion y de comer con los fieles; pero al mismo tiempo la daba muchos consejos saludables, prohibiéndola todo trato y comunicacion con Lotario (1).

Dispuestas así las cosas por este príncipe, y dadas algunas otras disposiciones poco conformes á su dignidad, á las que le arrastró así la pasion que le dominaba como el deseo de conservar la corona que estaba espuesto á perder á causa de esa misma pasion; emprendió el viaje de Italia, dirigiéndose desde luego á Benevento para conferenciar con el emperador Luis, su hermano, que estaba ocupado en la guerra contra los sarracenos. Partió de allí á Monte-Casino (869), acompañado de la emperatriz Engilberga, á la que habia vencido á fuerza de súplicas y de regalos, despues de haber hecho que el emperador escribiese al Papa para que concurriese al lugar de la cita. Hizo el artificioso Lotario todas las sumisiones oportunas para grangearse la amistad y confianza del Pontífice; y á estas unió la emperatriz aquellas instancias que en las personas de su clase equivalen á un precepto absoluto. Lotario temia seguir espuesto á los peligros de la excomunion, y ansiaba sobre todo que el Papa le reconciliase solemnemente, celebrando en su presencia los santos misterios y dándole la comunión por su propia mano. Convino Adriano en

ello, pero con tal que el rey no hubiese tenido ningun trato ni aun de palabra con Valdrada, desde que le habia excomulgado el Papa Nicolao.

Arregladas así las cosas, quedó muy satisfecha Engilberga y volvió á donde estaba el emperador su esposo. Lisonjeábase ya de su triunfo el ciego Lotario, sin pensar que estaba en visperas de ofrecer en su persona un ejemplar terrible del castigo de las comuniones indignas, y de la pena especial que atribuye San Pablo á este delito, diciendo á los corintios que era la causa de las muertes repentinas que sorprendian á muchos de ellos. Celebró el Papa en presencia de Lotario en el dia y lugar señalados: al concluirse la misa tomó el Pontífice en la mano el Cuerpo de Jesucristo, y volviéndose al rey le dijo en voz alta y muy perceptible: «Príncipe, si no os habeis manchado con el delito de adulterio, desde que os advirtió sobre este punto el Papa Nicolao, y estais en la firme resolucion de no volver á tratar en lo sucesivo con vuestra concubina Valdrada, acercaos con confianza y recibid el Sacramento de la vida eterna; pero si no es sincera vuestra penitencia, no oséis recibir el Cuerpo y Sangre de vuestro Señor, ni tengais la temeridad de cometer un sacrilegio que seria causa de vuestra propia condenacion.» Estremecióse indudablemente Lotario al oír estas palabras; pero habia resuelto ya poner colmo al crimen. Le consumó pues, añadió el perjurio al sacrilegio, y en vez de retroceder, se precipitó en el abismo que tenia abierto á sus pies. Dirigiéndose luego el Papa á los grandes que comulgaban con el rey, dijo á cada uno de ellos: «Si no habeis contribuido ni consentido en los adulterios de vuestro amo con Valdrada, ni habeis comunicado con las demas personas anatematizadas por la Santa Sede, sea para vosotros el Cuerpo del Señor una prenda de la

(1) Adrian. II. Epist. 14.
B. del G., tomo XVII. —IV.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo II.